

Puerto de los cristianos

Tenerife quedó en el camino de los españoles hacia el nuevo mundo. Esto hace más de 500 años. De paso los futuros colonizadores establecieron una salida al mar que llamaron Puerto de los Cristianos. No preguntaron a los autóctonos de la isla si les gustaba su presencia o el nombre de la base. Los mataron a sangre y fuego como si quisieran ensayar para la gran final al otro lado del océano. Y el nombre del puerto no lo eligieron porque creyeron de verdad que venían en nombre de Dios como algunos historiadores todavía defienden. Sabían muy bien que Dios no se mete en asuntos mundanos. Lo hicieron para quedar bien ante el cura a bordo y su rey. Este rey que tenía que pagar a sus acreedores para que no se cayera el telón de noche encima. Aunque sabemos mucho sobre el genocidio en Latinoamérica, hasta hoy a nadie se le ha ocurrido de cambiar el nombre de este lugar espantoso para la memoria de la humanidad. Parece que en España nadie quiere recordarse de esta parte de la historia. Hoy a través de la tele cada día nos llegan otras imágenes de Puerto de los Cristianos no menos espantosas. Y cada vez que mencionan este lugar se me da escalofríos. Veo a 60, 80 hombres negros sentados en barcasas de madera pintados a mano. Veo buques militares que las remolca hacia el Puerto de los Cristianos. Veo tiendas de la Cruz Roja y policías con guantes de goma color crema y protección bucal blanca. Veo como los agentes de uniforme caqui conducen los hombres negros con caras asqueadas a las tiendas como si fueran criminales o prisioneros de la guerra. Veo la desesperación en las caras de los hombres negros que arriesgaron su vida

Puerto de los cristianos

en vano. Les importa un bledo la cruz roja pintada en la tela de la tienda blanca. No sé si conocen el nombre del lugar que los recibe con tanto desprecio: Puerto de los Cristianos. En otros sitios ni siquiera hay tiendas, dicen. Parece que el despliegue militar no es capaz de llevar unas tiendas a la isla vecina. Pero nadie se molesta por este pequeño detalle. En Hierro los hombres negros están al ras del suelo bajo un sol de justicia. Tal vez los del Ministerio de Interior piensan que a los negros el sol no los afecta. 100, 120 hombres negros sentados en el asfalto con una botella de agua en la mano y nada más. Nunca he visto que llevan equipaje. Sólo traen a sí mismos. No tienen nada más que ofrecer que sus miserables vidas. Su sueño consiste en sobrevivir y tal vez, en un futuro no tan lejano y con un poco de suerte poder mandar algo de dinero a casa. Porque de donde vienen los hombres negros ya no queda nada excepto el hambre y la desesperación. El día siguiente vuelvo a ver las mismas noticias. Sólo que esta vez veo 140, 160 hombres negros sentados en el suelo con nada más que una botella de agua en las manos. Una botella de plástico con un litro y medio de agua entre las manos y la repatriación inmediata es lo que los aguarda en un sitio como este. En Puerto de los Cristianos está nuestro corresponsal, dicen. Subo el tono y escucho las palabras del reportero. Son las mismas palabras del día anterior y del otro canal, discursos idénticos y hasta el tono de sus voces se parece, como si hubieran aprendido un vocabulario específico para la ocasión que pronuncian sin mostrar ningún tipo de compasión. Hablan de las mafias que trafican con inmigrantes. Las mismas noticias, ya las conozco de memoria. Veo 140, 160 hombres

negros en el suelo con botellas de plástico vacías en las manos. Tienen miedo pero no creo que sea por la mafia. Día a día los periodistas crean palabras nuevas como subsaharianos irregulares e inmigrantes ilegales. Lo repiten tantas veces hasta que sepamos que negro es malo, es mafioso, es criminal. Este mismo día me doy cuenta que nunca hablan de personas. Para los profesionales de los medios de comunicación de este país estos 180, 200 hombres negros ya no son individuos. Son ellos – los otros, siempre en plural, una masa cada vez más difusa, una cifra en auge. Inmigrantes ilegales no tienen derecho a una voz propia, sólo están sus ojos que miran firmemente en las cámaras si todavía tienen fuerzas para ello. La mayoría de ellos baja la cabeza ante la resignación. No tienen derecho a defenderse. Pienso en Guantánamo. Ahí ni siquiera tienen derecho a mirar. En Puerto de los Cristianos tienen derecho a levantar la vista para expresar su rabia que sienten por haber fallado, por estar más lejos de su sueño que nunca. Ninguno de los periodistas los pregunta quienes son y de dónde vienen. Entrevistan a los policías y de vez en cuando un miembro de la Cruz Roja. Confirman el discurso oficial y lo repiten religiosamente como el cura el sermón del domingo. Aquí no hay infraestructura para esto, dicen. Con “esto” se refieren a 220, 240 hombres negros con la mirada triste, personas con nombres y con historia y muy poca esperanza con respecto a su futuro. Y los periodistas se vuelven sonrientes hacia la cámara y utilizan alegremente un vocabulario militar como si estuviéramos en plena guerra. O tal vez tienen que hablar así para blindarse del desastre humano delante de sus narices, abajo en el suelo. Alaban el despliegue militar humanitario

Puerto de los cristianos

en la zona. Se refieren a los buques militares bien equipados y dicen con cierto orgullo que rescatan a los inmigrantes perdidos en alta mar. Vemos uno de estos buques de máxima tecnología en primer plano. A su lado los barcos de madera pintadas a mano parecen juguetes de niño. Es una fiel imagen de la diferencia entre primer mundo y tercer mundo, incluso es más: es exactamente lo que separa el hombre negro del hombre blanco. Vemos otro buque militar en alta mar, más grande todavía. Cuánta infraestructura para rescatar a negros, pienso. Pero sé muy bien que sólo llaman rescate que en realidad es una caza a toda regla. Sé que llaman ilegal a los que cometen el crimen de ser pobres. Veo el buque remolcando la chalupa. Esta vez una corresponsal joven y guapa opina que se trata de subsaharianos irregulares. En todos los canales de la televisión española siguen hablando de la guerra como si se tratara del último invento de la paz. Se equivocó la paloma, se equivocaba, pienso y me mareo por el calor. De repente veo como los españoles fundadores del Puerto de los Cristianos vuelven a sus barcos dejando atrás charcos de agua, una riera rojiza de sangre. Cierro los ojos ante esta imagen. Por fin parece que se van. Veo zarpar a los españoles y en este momento aparece un grupo de supervivientes autóctonos, armados hasta los dientes. Los veo bajar del Teide donde se escondieron durante todos estos siglos. Vivían en cuevas y en el poco bosque salvaje que todavía no está urbanizado. Veo como se acercan y levantan a sus hermanos negros del suelo con una sonrisa en la cara. Es la primera sonrisa que veo en las caras de los hombres negros y me estremece. Pero cuando vuelvo a abrir mis ojos sólo está la imagen

de antes y las sonrisas han desaparecido. Los hombres negros con sus miradas desesperadas y tristes cuyos nombres nunca conoceré, todavía están ahí, sentados en el suelo. Y entonces pienso que aunque se cambiara el nombre de este lugar no cambiaría nada de la historia, ni del pasado ni del presente. Al contrario. Puerto de los Cristianos nos recuerda que no estamos en posición de reclamar los derechos humanos o cualquier otro tipo de superioridad ética para nosotros.